

SUEÑOS DE ÁCIDO

MARTIN A. LEE
Y BRUCE SHLAIN

SUEÑOS DE ÁCIDO

HISTORIA SOCIAL DEL LSD:
LA CIA, LOS 60 Y MÁS ALLÁ

Prólogo de
Andrei Codrescu

Traducción de
Luis González Castro

PÁGINA INDÓMITA

Título original:
*Acid Dreams: The Complete Social History of LSD:
the CIA, the Sixties, and Beyond*

© Martin A. Lee y Bruce Shlain, 1985, 1992
© del prólogo, Andrei Codrescu, 1992
© de la traducción, Luis González Castro
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4^o 4^a. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو
Ilustración de cubierta: Martin Sharp,
Blowin' in the Mind - Mister Tambourine Man (1967)
Impresión y encuadernación: Romanya Valls
Primera edición: febrero de 2023

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-123847-9-6
Depósito legal: C-2106-2022

No vemos las cosas como son, sino como somos.
(Antiguo proverbio talmúdico)

ÍNDICE

Agradecimientos	11
PRÓLOGO. ¿DE QUIÉN SON ESTOS MUNDOS?, POR ANDREI CODRESCU	13
PREFACIO	17
PRIMERA PARTE. LOS ORÍGENES DE LA PSIQUEDELIA	31
1. Al principio fue la locura	33
Los buscadores de la verdad	33
El LSD entra en escena	47
Laboratorios del Estado	58
Clímax a medianoche	70
El campo de batalla alucinógeno	83
2. Pioneros de la psiquedelia	95
El genuino Capitán Tripis	95
Ácido terapéutico	110
¿Psicosis o gnosis?	122
3. Bajo el hongo, sobre el arco iris	137
Maná desde Harvard	137
Los cruzados de la química	146
Mano dura	166
4. Predicadores del LSD	177

Sumo surrealismo	177
El manual psíquedélico	192
Promoción agresiva	204
5. Un viaje genuinamente americano	213
El gran fenómeno avanza	213
El ácido y la Nueva Izquierda	225
SEGUNDA PARTE. ÁCIDO PARA LAS MASAS	243
6. De los <i>hipsters</i> a los <i>hippies</i>	245
Antes del diluvio	245
La política del mal rollo	258
El primer <i>Human Be-In</i>	270
7. La capital de la eternidad	289
Libertad absoluta	289
El verano de la Gran Deserción	303
8. Apogeo en Babilonia	327
Tormenta a la vista	327
La política mágica	337
Tenemos revolución	353
9. Tiempo de brujas	371
Amor armado	371
La hermandad ácida	390
Mala luna	415
10. Una oportunidad de oro para la pasma	427
Prisionero del LSD	427
Una píldora amarga	440
La gran conspiración del LSD	455
EPÍLOGO. EL ÁCIDO Y SUS ECOS	475
ADENDA A LA SEGUNDA EDICIÓN	485
Bibliografía	489
Índice onomástico	509

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que han contribuido a hacer posible este libro. Ante todo, deseamos expresar nuestra gratitud, por sus consejos y su espíritu generoso, a Allen Ginsberg y al Dr. Oscar Janiger, y, por su fiel amistad, a Bret Eynon, experto en historia oral y en la Nueva Izquierda, y a Jeff Cohen, quien ha contribuido de incontables maneras a enriquecer el manuscrito de principio a fin.

También deseamos dar las gracias a James Grauerholz por animarnos en la etapa inicial; a Carl Oglesby, por su perspicacia, así como a los demás miembros del Assassination Information Bureau; a Peter Berg y a Judy Goldhaft, por compartir sus puntos de vista sobre Haight-Ashbury y los *Diggers*; a Robert Ranftel, Paul Krassner y Steven Ben Israel, por su ingenio; a Beverly Isis y a Liz Iler, por su apoyo incondicional, y a Michel Aldridge, encargado de la Fitz Hugh Ludlow Memorial Library, valiosa fuente de información para los historiadores especializados en los años 60 y la contracultura. Estamos asimismo especialmente agradecidos a Michael Rossman, William Burroughs, Peter Stafford, Tim Leary, Bill Adler, Ed Sanders, Mark Dowie, Tim Scully, Jonathan Marshall, Bernard Ohanian, Dorianna Fallo y el difunto Julian Beck.

Deseamos mencionar además a Charles Allen, Eugene Anthony, Michael Bowen, Ann Charters, Allen Cohen, Ira

Cohen, Jim Fouratt, Todd Gitlin, Abbie Hoffman, Michael Horowitz, Ken Kelley, John Marks, Eric Noble, Humphry Osmond, John Sinclair, David Solomon, Bill Zirinsky, Miles y Ken Kesey. Y hacemos un guiño silencioso a quienes han preferido que su nombre no sea mencionado.

Nuestro más sincero agradecimiento también a Alana Lee por estar siempre ahí. Y a Goodwin y Silva Lee, a Marvin y Hilda Shlain y a Joe y Emily Krinsky por el tipo de apoyo que solo la familia puede dar.

Y a Gayle, por su amor y su fe.

Y para finalizar, nos gustaría dar las gracias a Geri Thoma, de la agencia literaria Elaine Markson, a Joy Johannessen por el excelente trabajo de edición, a Fred Jordan, nuestro editor, y a Laura Lindgren, Laura Kane y el personal de Grove Press.

MARTIN A. LEE
BRUCE SHLAIN

PRÓLOGO:
¿DE QUIÉN SON ESTOS MUNDOS?

En junio de 1967, el hombre de los caramelos entró precipitadamente en mi apartamento de la Avenida C, en el Lower East Side de Nueva York. Siempre entraba de esa manera, porque era su estilo. Apenas podía contenerse. Dejó su brillante bolso peruano sobre la mesa de la cocina y exclamó: «¡Para ti: ácido checo!». Siempre me traía un nuevo tipo de ácido. Ese mes yo ya había probado el Window Pane y el Sunshine,¹ y no estaba seguro de que mi organismo pudiese soportar otro vuelo a los confines. Pero ese ácido checo *resultó* diferente. En primer lugar, me reveló que toda la estructura molecular y submolecular del universo estaba constituida en realidad por hoces y martillos diminutos. Miles de millones de ellos brillaban en la maravillosa simetría del mundo material. Siempre he pensado que ese «viaje rojo» tan peculiar fue fruto de mi experiencia personal, pues nací y crecí en la Rumania comunista, donde las hoces y los martillos se hallaban omnipresentes y eran inevitables.

No dudé entonces de lo que había visto durante el viaje, pero sí de que pudiera existir tal cosa como el ácido checo, por la sencilla razón de que Checoslovaquia, como Rumania, era un mundo monocromático. Me pareció claro que, si hubiese ácido en Europa del Este, habría causado el derrumba-

1. Dos tipos de LSD. (*N. del T.*)

miento del comunismo, de la misma manera que estaba causando la caída de cierta América simplona y malencarada. Y en aquella época no parecía que el comunismo se hallase cerca del colapso. Pues bien, estaba equivocado. Al leer esta extraordinaria historia del LSD, tan bien documentada y llena de suspense, me he encontrado el siguiente pasaje: «En septiembre de 1965, Michael Hollingshead regresó a su Londres natal armado con cientos de ejemplares de la reedición actualizada del *Libro de los muertos* y cinco mil dosis de LSD (que había obtenido de los laboratorios de Praga, propiedad del gobierno checo)». ² Y el comunismo cayó, aunque no entonces, y el ácido tuvo bastante que ver en ello. Charter 77, la organización checa de derechos humanos, fue fundada por Václav Havel en defensa de The Plastic People of the Universe, una banda psiquedélica ³ que se inspiraba en la Velvet Underground. El propio Havel estaba en Nueva York en 1968, escuchando a la Velvet y soñando, sin duda, con una forma de salir de la ideología de la Guerra Fría.

Esta pequeña revelación no es más que un comentario entre paréntesis en una historia llena de sorpresas, muchas de las cuales son profundamente perturbadoras. Resulta que la droga que nos conectó a muchos de nosotros con el misterio orgánico de un universo infinitamente vivo fue, al menos al principio, parte esencial de un proyecto secreto de la CIA para encontrar el suero de la verdad. Es escalofriante pensar

2. Véase, más adelante, p. 207.

3. Del inglés *psychedelic*, que deriva del griego *psyche* (alma) y *dele* (evidente, manifiesta). Si bien el diccionario de la RAE no recoge las expresiones *psiquedelia* y *psiquedélico*, sino *psicodelia* y *psicodélico*, cuyo empleo es predominante, aquí se ha optado por las dos primeras porque son las más frecuentes en el ámbito culto, esto es, entre los entendidos en la materia que nos ocupa (como es el caso de Antonio Escotado). No en vano, *psiquedelia* y *psiquedélico* son más fieles a sus equivalentes originales en lengua inglesa, pues su acuñador, Humphry Osmond, dejó deliberadamente al margen la pulcritud etimológica cuando eligió como raíz *psyque* (*psique*) y no *psycho-* (*psico-*). Véase, más adelante, p. 112. (*N. del T.*)

que los miembros de la CIA emplearon el LSD junto con los *electroshocks* y la tortura para sacar información a los prisioneros. Y más escalofriante aún es que lo consumieran ellos mismos con escasos resultados positivos. O quizá no. También supone una ironía sobrecogedora que, en pleno apogeo de los 60, la CIA intentara controlar la experimentación con LSD cuando miles de ciudadanos se colocaban por su cuenta. Pero ni la ironía ni las implicaciones escalofriantes terminan aquí. Los autores han revisado miles de páginas de material de inteligencia desclasificado, y nos han revelado el complejo entramado de las conexiones existentes entre las agencias secretas del gobierno y el mundo académico, por un lado, y entre las esperanzas utópicas de una generación y las maquinaciones de dichas agencias, por otro. Es una historia fascinante que hace que las teorías más paranoicas y extravagantes de los 60 parezcan insuficientemente paranoicas.

Al mismo tiempo, esta crónica meticulosamente documentada narra de manera muy convincente y bien argumentada la historia de los fantásticos personajes del ácido: el capitán Al Hubbard, Aldous Huxley, Timothy Leary, Owsley, Art Kleps, Ken Kesey y muchos más. Nos sumerge con rapidez en el vibrante halo colectivo de unos tiempos que, a pesar de la CIA y la inteligencia militar, consiguieron cambiar América para siempre. Quizá la innegable ventana metafísica que el LSD representó para muchos de nosotros fue abierta sin querer por quienes tenían interés en mantenerla cerrada. Bien puede ser que, viendo su error, hayan estado desde entonces intentando cerrarla. Pero lo cierto es que el fulgor de un cosmos viviente se coló por esa ventana; tuvo lugar la visión sin precedentes de un mundo distinto. Podríamos discutir eternamente cuánto de lo que la droga hizo por nosotros estuvo supeditado a las particulares condiciones de esa época. La apertura, no obstante, fue real.

La utilidad de *Sueños de ácido* va más allá de la nostalgia. Al investigar los efectos del LSD sobre la psicología, la sociología y la política de los años 60, los autores han situado

en su contexto el mito y la poesía que hoy impregnan casi cada faceta de la alta y la baja cultura americana. Para quienes creen en la gran conspiración, el libro supone una rica fuente de reflexiones. Para quienes creemos que la conspiración y el control son juegos que se desvanecen una vez que se deja de creer en ellos, la obra supone un correctivo muy necesario. Y para los interesados en la Historia, es un relato fascinante. Lo mejor de todo es que se trata de un *thriller* sobre el gran misterio que cómo los miembros de cierta generación, la nuestra, llegamos a ser quienes somos.

ANDREI CODRESCU
4 de diciembre de 1991

PREFACIO

En octubre de 1977, miles de personas se amontonaron en el auditorio de la Universidad de California en Santa Cruz. Quienes no habían conseguido entrar permanecieron fuera con la cara pegada a las ventanas, esperando poder ver a las personalidades invitadas. Un conjunto estelar de poetas, científicos, periodistas y celebridades de los medios de comunicación se había reunido para el acto inaugural de las conferencias que tendrían lugar durante el fin de semana bajo el título «LSD: Una generación más tarde». Como cabeza de cartel figuraba el hombre a quien se consideraba «el padre de la era psiquedélica».

A los 71 años, el doctor Albert Hofmann parecía fuera de lugar en su papel de héroe de tal reunión. Su corto cabello canoso y su atuendo conservador contrastaban enormemente con el aspecto abigarrado de sus jóvenes admiradores, quienes parecían salidos de un concierto de rock o una manifestación antinuclear. Sin embargo, mientras se dirigía al estrado para pronunciar el discurso de apertura, fue recibido con la larga y estruendosa ovación de un público puesto de pie.

«Es posible que se sientan ustedes decepcionados», advirtió a sus oyentes. «Quizá esperaban a un gurú, y se han encontrado con un simple químico». Acto seguido, Hofmann describió con gran rigor científico el proceso gradual que había conducido al descubrimiento del LSD-25, la droga más

potente conocida por la ciencia en esos momentos. De vez en cuando, mostraba un diagrama en la pantalla y se explayaba en las sutilezas moleculares de las sustancias alucinógenas. Gran parte de los datos técnicos flotaban sobre las cabezas de los asistentes, pero ellos parecían disfrutar enormemente con aquello.

El Dr. Hofmann había sintetizado por primera vez LSD (dietilamida de ácido lisérgico) en 1938, mientras trabajaba para los laboratorios Sandoz en Basilea, Suiza. Allí investigaba sobre las propiedades químicas y farmacológicas del cornezuelo, un hongo del centeno rico en alcaloides medicinales. En ese momento, buscaba un compuesto analéptico (un estimulante de la circulación), y el LSD era el vigesimoquinto derivado del cornezuelo que había preparado; de ahí la denominación de LSD-25. Pero los estudios preliminares con animales de laboratorio no ofrecieron resultados significativos, de modo que los científicos de Sandoz dejaron de interesarse en la sustancia. El vial de LSD fue acumulando polvo en los estantes durante los cinco años siguientes, hasta la tarde del 16 de abril de 1943.

«Tuve una extraña sensación», contó Hofmann a los asistentes a la conferencia. «Me pareció que quizá valdría la pena realizar estudios más profundos con el compuesto». Mientras preparaba una nueva muestra de LSD, absorbió de manera accidental una pequeña dosis a través de las yemas de los dedos, y pronto le invadió «un estado de intoxicación notorio pero no desagradable... caracterizado por una intensa estimulación de la imaginación y por la alteración de la conciencia». Un coro de risas de complicidad emanó de la audiencia, mientras Hofmann continuaba leyendo las notas de su diario:

Permanecía tumbado con los ojos cerrados y aturdido, y entonces surgió una sucesión de imágenes fantásticas que cambiaban rápidamente, imágenes de un realismo y una profundidad sorprendentes, y que se alternaban con un juego de co-

lores vívido y caleidoscópico. Tal estado fue quedando atrás de manera gradual después de unas tres horas.¹

El Dr. Hofmann quedó desconcertado tras adentrarse de manera no planeada en el extraño mundo del LSD. No podía entender cómo aquella sustancia había penetrado en su cuerpo en cantidad suficiente para ocasionar síntomas tan extraordinarios. En interés de la ciencia, aseguró a su público, decidió experimentar consigo mismo. Otra estruendosa ronda de aplausos recorrió el auditorio.

El 19 de abril, tres días después del viaje psíquedélico inicial, el Dr. Hofmann ingirió 250 microgramos (la millonésima parte de una onza), creyendo que tan ínfima cantidad iba a producir resultados insignificantes. Pero se llevó una sorpresa. Mientras regresaba a casa en bicicleta, acompañado por su ayudante de laboratorio, se dio cuenta de que los síntomas eran mucho más fuertes que los de la primera vez:

Me resultaba muy difícil hablar con coherencia. Mi campo de visión se tambaleaba ante mí y los objetos aparecían distorsionados como imágenes en espejos curvos. Tenía la impresión de no poder moverme, aunque mi ayudante me contó posteriormente que estuvimos pedaleando a buen ritmo.²

Cuando llegó a casa, llamó al médico, quien no estaba preparado para lidiar con lo que más tarde se conocería como un «mal viaje». Hofmann no sabía si había tomado una dosis letal, o si se perdería para siempre en los intrincados pasillos del espacio interior. Por un momento, temió estar perdiendo la cabeza:

A ratos me sentía como si me hallase fuera de mi propio cuerpo [...]. Pensé que estaba muerto. Mi yo se hallaba sus-

1. A. Hofmann, *LSD: My Problem Child*, McGraw-Hill, Nueva York, 1980, pp. 1-15.

2. *Ibid.*

pendido en algún punto del espacio y vi mi cuerpo sin vida tendido en el sofá.³

De alguna manera, Hofmann reunió el coraje para soportar esta prueba desgarradora. A medida que avanzaba el viaje, su condición psíquica comenzó a mejorar, y finalmente pudo explorar el terreno alucinógeno con un mínimo de compostura. Pasó las horas restantes absorto en un desvanecimiento sinestésico, siendo testigo de cómo cada sonido desencadenaba un efecto óptico correspondiente, y viceversa, hasta que le venció un sueño intermitente. A la mañana siguiente se despertó sintiéndose perfectamente bien.

Y así es como el Dr. Hofmann realizó su trascendental descubrimiento. Desde el principio fue consciente de que el LSD podía ser un instrumento esencial para el estudio del funcionamiento de la mente, y se alegró cuando la comunidad científica empezó a utilizar la sustancia con ese fin. Pero no previó que «su hijo problemático», como más tarde llamaría al LSD, iba a tener un impacto cultural y social tan enorme en los años venideros. Tampoco podría haber previsto que algún día sería reverenciado como una figura cuasi mítica por una generación de entusiastas del ácido.

«Dr. Hofmann», le dijo Stephen Gaskin, líder de la mayor comuna alternativa de los Estados Unidos, «miles de personas en la Granja piensan que le deben la vida».⁴ Gaskin era uno de los invitados a participar en una mesa redonda en la segunda jornada del coloquio. El propósito de este era ofrecer un foro para que los veteranos de la contracultura reflexionaran sobre los días dorados del movimiento psiquedélico, que había alcanzado su apogeo una década antes, en el tristemente célebre Verano del Amor, y para que evaluaran lo sucedido desde entonces. El poeta Allen Ginsberg comparó el

3. *Ibid.*

4. Citado por S. Rumsey, «The Most Exquisite Rascals of the Age», *Berkeley Barb*, 21-27 de octubre de 1977.

encuentro con una «reunión de antiguos alumnos». Él había decidido hacer los deberes antes de sumarse a sus compañeros psiquedélicos, de modo que había tomado un poco de LSD mientras volaba a la Costa Oeste. Bajo la influencia de la sustancia, comenzó a reflexionar sobre las recientes revelaciones de los medios de comunicación acerca del empleo del LSD por parte de la CIA como arma de control mental. A Ginsberg, quien había sido un abierto defensor de las sustancias psiquedélicas durante la década de 1960, le inquietaba la posibilidad de que una agencia de espionaje hubiese promovido el uso generalizado de LSD. Agarró un bolígrafo y comenzó a anotar algunos pensamientos de altos vuelos: «¿Soy yo, Allen Ginsberg, el producto de uno de los deplorables y desafortunados, o triunfantes, experimentos de control mental por parte de la CIA?» ¿Fue esta la que, «por medio de un plan consciente o de una apertura involuntaria de la caja de Pandora, desató la moda del LSD en los Estados Unidos y en el resto del mundo?»⁵

Ginsberg sacó el tema durante la conferencia, pero pocos parecieron tomarse en serio el asunto. «El movimiento del LSD lo inició la CIA», bromeó Timothy Leary con una amplia sonrisa. «Yo no estaría aquí ahora de no ser por las dotes visionarias de los científicos de la Agencia». Leary, el otrora flautista de Hamelín de los *flower children*, estaba en plena forma: reía y bromeaba con los periodistas, como si la policía de narcóticos no le hubiera perseguido por medio mundo y no hubiera pasado los últimos años en la cárcel. «No fue accidental», dijo. «Todo fue planeado y dirigido por la Central de Inteligencia, y yo estoy completamente a favor de la Inteligencia Central».⁶

5. A. Ginsberg, «From Journals», en *Poems All Over the Place, Mostly 'Seventies*, Cherry Valley Editions, s. l., 1978, p. 53.

6. Citado por W. Barney, «Grandfather of LSD Meets the Acid Children», *San Francisco Sunday Chronicle and Examiner*, 16 de octubre de 1977.

El ambiente jovial prevaleció durante casi todo el debate. Los viejos camaradas que no se habían visto en mucho tiempo intercambiaron historias de gloria ácida y recordaron las alocadas e inolvidables escapadas de antaño. Richard Alpert, uno de los compañeros originales de Leary en Harvard a principios de los 60, dijo:

Al contemplar ahora a mis colegas y a mí mismo, veo que hemos actuado como deseábamos, a pesar de las circunstancias. Y creo que lo que hoy hacemos aquí es, en parte, demostrar que no estamos locos.⁷

A continuación, dijo que no sabía si volvería a tomar LSD, y que la cuestión le traía sin cuidado, pero que apreciaba lo que le habían enseñado sus cientos de viajes y esperaba un clima más favorable para la investigación seria con LSD en el futuro próximo.

Muchos de los ponentes compartían los sentimientos de Alpert, y pidieron al gobierno que reconsiderase sus políticas restrictivas a fin de que científicos y psicólogos pudiesen reanudar sus investigaciones con la droga. Se aportaron abundantes testimonios sobre la contribución del LSD a la ciencia y la sociedad. Se lo elogió como una bendición para la psicoterapia, un potenciador de la creatividad, un sacramento religioso y un libertador del espíritu humano. El Dr. Ralph Metzner, tercer miembro del triunvirato de Harvard, sugirió que la aparición del LSD suponía un punto de inflexión en la evolución humana. No es ninguna coincidencia, sostuvo, que el Dr. Hofmann descubriese los efectos del ácido poco después de que el proyecto Manhattan lograra la primera reacción nuclear en cadena. Sus observaciones parecían dar a entender que el LSD constituye una especie de antídoto divino contra la maldición nuclear, y que la humanidad debe prestar

7. Citado por S. Rumsey, «The Most Exquisite Rascals of the Age», art. cit.

atención a la revelación psíquica si quiere alterar su curso autodestructivo y evitar una gran catástrofe.

El autor Richard Ashley habló del ácido como si este fuese un mesías químico. En su opinión, el LSD proporciona el medio más eficaz para romper la camisa de fuerza que la sociedad impone a la mente de sus miembros. El estado policial global se hará realidad, predijo, a menos que la gente consuma sustancias psíquicas para expandir su conciencia y resistir al ominoso espectro del control mental.

Otros fueron en cierto modo más cautos al especular sobre el papel de las drogas alucinógenas en la sociedad industrial avanzada. Según el Dr. Stanley Krippner, eminente parapsicólogo y exdirector del Maimonides Dream Laboratory de Nueva York:

Cuando el LSD apareció, nuestra cultura todavía no estaba preparada para ello. Y creo que aún no estamos preparados. No hemos usado el ácido por su gran potencial. Las sustancias psíquicas han sido empleadas con gran sabiduría por las sociedades primitivas, con fines espirituales y curativos. Pero nuestra cultura no tiene ese marco. No estamos cerca de Dios, de la naturaleza, y carecemos de la perspectiva chamánica. Hemos perdido todo eso.⁸

Al finalizar la conferencia, unos treinta ponentes habían ofrecido su opinión sobre el LSD y la denominada revolución psíquica. Quedó claro que todos se habían visto profundamente influidos por la experiencia con el ácido y por el movimiento que había inspirado, pero no hubo consenso sobre lo que ello significaba. Cada uno tenía sus propias ideas sobre cómo se habían desarrollado las cosas y sobre lo que puede deparar el futuro. Unos creían que el LSD había aparecido en el momento oportuno, otros, que se trataba de un descubrimiento prematuro, mientras que unos cuantos más pensa-

8. *Ibid.*

ban que quizá fuese ya demasiado tarde. Por si eso no era suficiente para confundir por completo a la audiencia, John Lilly, especialista en delfines, instó a sus oyentes a ignorar todo lo que habían escuchado decir a sus mayores y a hacer sus propios descubrimientos. Ginsberg apoyó la idea en sus observaciones finales:

Debemos liberarnos de las suposiciones pasadas. La expresión *revolución psíquedélica* es parte de un pasado creado en gran medida por las imágenes de los medios de comunicación. Debemos desprendernos de las imágenes del pasado.⁹

Unas semanas antes de la convención de Santa Cruz, el LSD había sido el tema principal de otra reunión multitudinaria. En esta ocasión, el escenario fue una ornamentada sala de audiencias del Senado, en Capitol Hill. Las cámaras de televisión grabaron a Ted Kennedy, presidente del Subcomité del Senado sobre Salud e Investigación Científica, cuando, flanqueado por algunos de sus asesores, caminó hacia el atril. Durante los dos días siguientes, intentaría concretar los elusivos detalles de la operación MK-Ultra, el principal programa de la CIA relacionado con el desarrollo de agentes químicos y biológicos durante la Guerra Fría.

En su alocución inicial, Kennedy manifestó ante la numerosa audiencia su esperanza de que las sesiones pusiesen «fin a este capítulo de la vida de la CIA». ¹⁰ Después, interrogó a algunos exfuncionarios de la Agencia sobre la experimentación con LSD y otros narcóticos en ciudadanos estadounidenses no voluntarios. Tales actividades eran consideradas tan delicadas que solo unas cuantas personas dentro de la CIA

9. Citado por D. Golden, «Allen Ginsberg: Politics of Emptiness», *City on a Hill Press*, 20 de octubre de 1977.

10. *Human Drug Testing by the CIA*, 1977, p. 2. Audiencias ante el Subcomité de Salud e Investigación Científica del Comité sobre Recursos Humanos. Senado de los Estados Unidos.

sabían de ello. Un documento desclasificado explicaba el motivo del secretismo que rodeaba al programa:

El conocimiento de que la Agencia ha emprendido actividades poco éticas e ilícitas tendría serias repercusiones en los círculos políticos y diplomáticos, y sería perjudicial para el cumplimiento de la misión.¹¹

A pesar de que la mayoría de los testimonios se habían ensayado previamente, puesto que los testigos se habían reunido con un miembro del equipo de Kennedy, lo cierto es que el senador de Massachusetts intentó fingir sorpresa cuando David Rhodes, expsicólogo de la CIA, relató un experimento fallido con LSD que había tenido lugar en una casa en la bahía de San Francisco. Rhodes contó cómo personas desprevenidas habían sido reclutadas por los bares de la zona y llevadas a una fiesta donde agentes de la CIA pensaban soltar ácido lisérgico empleando un aerosol. Pero, según explicó, las corrientes de aire de la habitación impedían que los asistentes recibiesen su dosis, de modo que uno de sus compañeros se metió en el baño para aplicarse el aerosol con éxito. La audiencia apenas podía contener la risa al pensar en hombres adultos que se rociaban con ácido del gobierno, mientras los periodistas garabateaban sus interpretaciones de esta historia que acaparaba los titulares.

Durante la audiencia, los senadores escucharon un testimonio tras otro sobre la incompetencia y la torpeza de los agentes. Phillip Goldman, especialista en armamento químico, parecía estar describiendo un episodio de los Three Stooges¹² cuando habló de un intento de probar un dispositivo de

11. (CIA) Memorando del inspector general al director de Inteligencia Central, «Kennedy Committee Interest in IG Surveys of OTS», 31 de octubre de 1975, p. 2.

12. The Three Stooges (Los Tres Chiflados) es el nombre de un célebre grupo de actores cómicos estadounidenses que estuvo activo entre 1923 y 1970. (*N. del T.*)

lanzamiento de bombas fétidas. El proyectil había impactado contra el marco de la ventana y los agentes habían tenido que taparse la nariz. También se escucharon risas cuando describió unas varillas de cóctel impregnadas en ácido que se disolvía en la bebida, pero que dejaba un sabor tan amargo que nadie quería tomarla. Y así sucesivamente. Este tipo de bufonadas resultó ser una efectiva estrategia de relaciones públicas para la CIA, pues con ello desvió la atención y evitó el escrutinio riguroso de sus fechorías relacionadas con las drogas. Al hacer énfasis en la ineptitud, la Agencia adquiría un cariz demasiado humano. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tenía enjuiciar a unos tipos corrientes por jugar con productos químicos que jamás podrían haber entendido?

El testigo estrella del segundo día fue el Dr. Sidney Gottlieb, principal hechicero científico de la CIA, quien había dirigido el proyecto MK-Ultra. Gottlieb, un hombre delgado y patizambo con corto pelo gris, aceptó testificar únicamente después de que le fuese garantizada la inmunidad frente al enjuiciamiento penal. Su comparecencia ante el Subcomité del Senado supuso la primera aparición en público de este oscuro personaje desde que dejó la Agencia en 1973. Aunque, en realidad, la aparición fue pública a medias. Debido a su afección cardíaca, se le permitió hablar con los senadores desde una pequeña antecámara, mientras el resto del público seguía el proceso a través de un sistema de megafonía.

El propósito de la operación MK-Ultra y de los programas relacionados, explicó Gottlieb, «consistía en investigar si era posible, y en qué medida, modificar el comportamiento de un individuo por medios encubiertos». ¹³ Cuando se le pidió que describiera los conocimientos que la CIA había adquirido gracias a sus investigaciones, Gottlieb sufrió una repentina pérdida de memoria, como si se hallara bajo la influencia de alguna de sus propias sustancias amnésicas. No obstante, confirmó informes previos, según los cuales, en los

13. *Human Drug Testing by the CIA*, *op. cit.*, p. 169.

experimentos realizados en el piso franco, se usaban prostitutas para endulzar las bebidas de los desafortunados clientes, mientras los agentes de la CIA observaban, fotografiaban y filmaban la acción.

Cuando se le pidió que justificase tales actividades, Gottlieb recurrió al manido estribillo de la Guerra Fría, que ya había sido invocado repetidamente por otros testigos durante las audiencias. El ímpetu original de los programas de drogas de la CIA, sostuvo Gottlieb, surgió de la preocupación de que los enemigos de los Estados Unidos hiciesen un uso agresivo de las técnicas de alteración del comportamiento. Afirmó que existían evidencias (que él nunca compartió con los senadores) de que los soviéticos y los comunistas chinos habían estado jugueteando con el LSD a principios de la década de los 50. Y ello, dijo Gottlieb, tenía graves implicaciones para nuestra seguridad nacional.

Al cierre de las sesiones, Kennedy resumió los subrepticios experimentos con LSD del siguiente modo: «Estas actividades forman parte de la historia, no son la práctica actual de la CIA». Y ahí se quedaron las cosas. Los senadores parecían ansiosos por terminar con aquello, a pesar de que muchas cuestiones seguían irresueltas. Más adelante, se supo que algunos testigos habían intercambiado impresiones de antemano y habían acordado limitar su testimonio al grado mínimo necesario para satisfacer al comité.¹⁴ Como admitió el Dr. Gottlieb: «La línea final de este asunto todavía no ha sido escrita».¹⁵

Poco después del foro del Senado, un abogado de Washington nos explicó cómo conseguir acceso a una sala especial de lectura que albergaba documentación sobre la operación MK-Ultra y otros proyectos de control mental desarrollados

14. J. Marks, *The Search for the "Manchurian Candidate"*, Times Books, Nueva York, 1979, p. 207.

15. Assassination Information Bureau (AIB), «Congress and the MK-ULTRA Whitewash», *Clandestine America*, noviembre-diciembre de 1977.

por la CIA. Los documentos habían sido desclasificados recientemente como resultado de una solicitud basada en la libertad de información y efectuada por el investigador John Marks. La sala de lectura, ubicada en la planta baja del hotel Hyatt Regency de Rosslyn, Virginia, estaba llena de humo y atestada de periodistas que trabajaban con fechas límite, hojeando un montón de papeles tan rápido como sus dedos podían pasar las páginas. Como nosotros no estábamos sujetos a tal limitación temporal, decidimos examinar los archivos sin prisas.

La lectura de los informes de los servicios de inteligencia resultó apasionante y frustrante al mismo tiempo. Cada pila de informes fuertemente censurados contenía una mezcla de datos que parecían en su mayoría triviales. La acumulación carecía de orden y sentido: registros financieros, listas de inventarios, chismorreos internos y cartas de recomendación se intercalaban al azar con actas de reuniones ultrasecretas y otros bocados tentadores.

Decidimos dedicarle tiempo al asunto y examinar a fondo toda la información relacionada con los programas de modificación de conducta de la CIA. Nuestras visitas a la sala de lectura se convirtieron en un ritual semanal, y pronto ampliamos nuestra investigación para incluir al Ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas. Durante los seis meses siguientes revisamos aproximadamente unas veinte mil páginas de memorandos desclasificados. Empezamos a contemplarnos a nosotros mismos no como periodistas de investigación, sino como arqueólogos que intentaban desenterrar los restos de una historia perdida, sepultada bajo capas de secretismo.

En el curso de nuestra investigación descubrimos documentos de la CIA que describían experimentos de privación sensorial, inducción al sueño, percepción extrasensorial, proyección subliminal, estimulación electrónica del cerebro y muchos otros métodos de posible aplicación en la modificación de la conducta. Uno de los proyectos estaba diseñado para convertir a los individuos en asesinos programados, que

matarían tras recibir una orden automática.¹⁶ Otro documento mencionaba la «ansiedad inducida por hipnosis» y el «dolor inducido como forma de control físico y mental».¹⁷ Encontramos numerosas referencias a drogas exóticas y agentes biológicos que producían «series de migrañas», espasmos y babeos involuntarios y un estupor parecido al de la lobotomía. Se sintetizaron preparados mortales con la única finalidad de provocar un ataque al corazón o un cáncer sin dejar pista alguna sobre la fuente real de la enfermedad. Además, los especialistas de la CIA estudiaron los efectos cerebrales de los campos magnéticos, las vibraciones ultrasónicas y otros tipos de energía radiactiva. Como dijo un médico de la Agencia: «Vivíamos en una especie de país de Nunca Jamás, donde todo era experimentación incesante y memorandos confidenciales».¹⁸

Resulta que casi todas las drogas que aparecieron en el mercado negro durante los años 60 — marihuana, cocaína, heroína, PCP, nitrato de amilo, hongos, DMT, barbitúricos, gas de la risa, *speed*, etc. — habían sido previamente estudiadas a fondo, probadas y a menudo refinadas por la CIA y por los científicos del Ejército.¹⁹ Pero de todas las sustancias investigadas por la Agencia durante los 25 años de duración de su multimillonaria empresa para conquistar la mente humana, ninguna había recibido tanta atención ni había sido acogida con tanto entusiasmo como el LSD-25. Durante un tiempo, el personal de la CIA estuvo totalmente encaprichado con la sustancia alucinógena. Quienes primero probaron el LSD a principios de los 50 estaban convencidos de que revolucionaría el gremio del espionaje.

16. (CIA) «ARTICHOKE Report», 22 de enero de 1954.

17. (CIA) MK-ULTRA, Subproject 5, memorando para el registro, 11 de mayo de 1953.

18. T. Szulc, «The CIA's Electric Kool-Aid Acid Test», *Psychology Today*, noviembre de 1977.

19. Véase Martin A. Lee, «High Spy», *Rolling Stone*, 1 de septiembre de 1983.

A medida que estudiábamos más a fondo los documentos, se iban perfilando ciertas formas y patrones. Empezamos a hacernos una idea de la dinámica interna del programa secreto con LSD de la CIA, y de cómo había evolucionado con el paso del tiempo. La historia era mucho más compleja y rica en detalles que la información fragmentada e inconexa que había salido a la luz en la prensa y en las investigaciones gubernamentales. Entendimos qué buscaban los espías cuando se acercaron por primera vez al LSD, qué sucedió durante la fase inicial de experimentación, cómo cambió su actitud cuando ellos mismos y sus asociados probaron la droga y cómo finalmente esta fue empleada en operaciones encubiertas.

La mayor ironía del LSD radica en que se lo ha utilizado como arma y como sacramento, como instrumento de control mental y como sustancia de expansión de la conciencia. Cada una de estas posibilidades ha generado una historia singular: tenemos, por un lado, la historia secreta de la experimentación con alucinógenos por parte de la CIA y del Ejército y, por otro lado, las raíces históricas de la contracultura de las drogas que adquirió protagonismo en los años 60. En ciertos puntos, ambas historias convergen y se yuxtaponen: los programas secretos de la CIA se entrelazan con el auge y la caída del movimiento psiquedélico.

La historia del LSD es inseparable de las preciadas esperanzas y las rotas ilusiones de la generación de los 60. En muchos sentidos, proporciona una clave para comprender lo que sucedió en esa época turbulenta, cuando la revolución política y la cultural estallaron con toda su furia. Sin embargo, cuando la década llegaba a su fin, el movimiento juvenil colapsó de manera repentina, dejando un rastro de preguntas sin respuesta. Solo si se examinan las dos facetas de la saga psiquedélica —los programas de control mental de la CIA y la subcultura de las drogas—, podremos entender la verdadera naturaleza del LSD-25 y discernir qué efecto ejerció este poderoso agente químico sobre las convulsiones sociales de la década de los 60.